

EL ARTE DE PONER LÍMITES

SONIA KLIASS

2^a
edición

COLECCIÓN
VIVIR CON
NIÑOS

ing Edicions

Digitalizado con CamScanner

sueño, con los momentos de dormir. Pero hay un capítulo especialmente dedicado a hablar de los límites relacionados con el descanso.

7. SER EDUCADOS: PEDIR POR FAVOR, PEDIR DISCULPAS, DECIR GRACIAS, ETC.

Magda Gerber afirma que no solo deberíamos amar a los niños, también deberíamos educarlos para disfrutar de su compañía! («Raise children we not only love but in whose company we love being», *Dear Parent*, p. 108).

¿Queremos que los niños sean educados? Si por *educados* entendemos que son niños con herramientas sociales adecuadas a su edad que hacen que sea agradable la convivencia con ellos, ¡sí que lo queremos! Pero mostrar una actitud positiva en el ámbito social va mucho más allá de decir «gracias» y «por favor», dar besos o desear los buenos días.

Los niños aprenden estos comportamientos sociales de carácter más formal de manera natural cuando nos observan en un contexto real, cuando nos ven actuar. A base de observarnos, integran cómo nos comportamos y qué decimos en determinadas situaciones, tanto cuando estamos con ellos como cuando estamos con otras personas. Si les decimos «gracias», «por favor», «buenos días», etc., y si lo hacemos también con los demás, los niños integrarán este modelo con naturalidad.

Obligarles a cumplir ciertas normas sociales de educación no siempre implica que reciban una verdadera educación social. Queremos ir más allá de la simple repetición como loros de algunas frases hechas. ¿Queremos que se comporten como pequeños adultos adiestrados? ¡No! Queremos que los niños no pierdan su espontaneidad y que actúen con naturalidad.

Pero sí que les tendremos que enseñar ciertas normas que hay que seguir, porque no lo aprenden todo imitando. Por ejemplo, ¿qué pasa cuando piden las cosas gritando? Queremos que aprendan que, cuando nos comunicamos, el trato tiene que ser respetuoso y agradable, y por eso evitamos pedir las cosas gritando. En un principio, los niños no saben cómo tienen que pedir las cosas, y quizás si están enfadados o frustrados tienen ganas de hacerlo gritando. Somos nosotros quienes debemos enseñarles que pueden expresar sus emociones, pero que no queremos que pidan las cosas a gritos. Primero damos el ejemplo y después vamos recordando la norma. También es importante intentar entender este comportamiento y mantener una actitud empática. Por ejemplo, si veo que un niño grita porque está muy enfadado, le puedo decir: «Veo que estás muy enfadado».

Sin embargo, tenemos que observar con atención las situaciones en las que un comportamiento es muy recurrente. Por ejemplo, quizás un niño ha apren-

dido que si no grita fuerte nadie le hace caso. Recuerdo una situación familiar de tres hermanos en la que la hija mediana a menudo pedía a gritos lo que necesitaba. En aquel caso se veía claramente que era una estrategia para ser escuchada, puesto que el hermano mayor y la hermana pequeña ocupaban mucho espacio y ella necesitaba hacerse oír. En situaciones como esta entendemos que la niña necesita algo más que solo límites y normas; necesita un cambio en la actitud de los padres, que pongan atención a la hora de escucharla para que pueda integrar una experiencia real de ser atendida por el adulto. Una vez esto ocurra, ya no tendrá ninguna necesidad de gritar.

Otro aspecto importante es no reforzar el comportamiento negativo. Si siempre que los niños me piden algo gritando les doy lo que me piden, ¿qué aprenden?

Pero cuando me encuentro en una situación de este tipo no hace falta que me altere, no hace falta que me enfade, y sobre todo es mejor que no grite yo diciendo: «¡No quiero que me grites!». Hablar sin gritar a alguien que nos grita no es fácil. Pide cierta madurez personal, pero debemos recordar siempre que somos el modelo y que a los niños les llega más directamente lo que hacemos y la forma en que nos comportamos que lo que decimos. Por este motivo, la política de gritarles para que experimenten lo desagradable que es que alguien se te dirija a gritos no es demasiado apropiada durante el primer septenio.

Por supuesto que no pasa nada si a veces se nos escapa un grito, porque no tenemos que ser perfectos, pero es importante ser conscientes de ello. Si rectificamos y pedimos disculpas también estamos dando un buen modelo: no somos perfectos, a veces nos equivocamos y rectificamos.

Algunas personas consideran que dar besos forma parte de las obligaciones sociales de los niños. Me gustaría recalcar que dar besos es algo muy íntimo y no tendría que ser nunca una obligación. Puede ser bastante violento darle un beso a alguien cuando no te apetece, aunque sea un familiar. Al fin y al cabo, es un comportamiento falso, una muestra de afecto que le imponemos al niño cuando realmente no lo siente así, y no queremos, de ninguna forma, educar a los niños en la hipocresía. Obligarlos a dar besos no deja de ser una falta de respeto, así que, si los queremos educar en el respeto, nunca tendríamos que hacerlo. Los adultos no se tendrían que ofender con estas respuestas ni tomárselo personalmente.

Finalmente hay que tener presente que educarlos para que tengan un trato agradable también es importante para los propios niños. Con una actitud positiva reciben del entorno una respuesta también positiva y se sienten bien con ellos mismos. Queremos educar a niños que tengan recursos sociales y que se puedan adaptar fácilmente en un contexto social sin dejar de ser niños. Que tengan un comportamiento respetuoso no significa que tengan que ser adultos en miniatura; siguen siendo niños y niñas, niños y niñas «educados».